

LISARDO EL ESTUDIANTE.



NUEVA RELACION

en que se declara los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaccleron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca.

PRIMERA PARTE.

Eseucha, Carlos, mi historia, si no te enfada el oirla, por lo extraordinaria y larga, no menos que por prolija y triste en su relacion; pues ella será vestida de repetidos asombros

siempre anunciando desdichas. Mi nombre propio es Lisardo, Córdoba es la patria mia, y tierra donde mis ojos la primera luz veian; el apellido, no es justo que en público lo repita.

tú lo sabes, y lo callo
 por honor de mi familia.
 En esta ciudad criéme,
 con las costumbres debidas
 y estilos mas bien versados
 que hay en la caballería;
 y despues que hube estudiado
 hasta la filosofía,
 llegué á la edad mas perfecta
 de mis años, pues cumplia
 diez y siete primaveras,
 cuando mi padre sentia
 que andaba mal divertido,
 con que al instante me envia
 á estudiar á Salamanca,
 fletándome la partida
 con dineros y un criado,
 que llevé en mi compañía.
 Dentro, pues, de breve tiempo
 á los muros dimos vista
 de Salamanca; entré en ella,
 descansé, y al otro dia
 la universidad visito
 de las escuelas antiguas,
 donde estudiantes concurren
 de toda la monarquía.
 Tres años cursé las leyes,
 siendo rayo en la porfía
 de conferir competencias,
 dándole á todo salida,
 y por eso en la ciudad
 todos ya me conocian.
 Adquirí muchos amigos
 de mi propia gerarquía,
 y entre estos, mi voluntad
 á uno solo preferia;
 mi corazon le fiaba,
 y él el suyo me ofrecia.
 Claudio tenia por nombre,
 siendo la amistad tan fina,
 que tú por tú nos hablábamos.
 Claudio una hermana tenia
 llamada doña Teodora,
 de virtudes tan crecidas,

de discrecion recatada,
 que de sus ojos las niñas
 jamás levantó del suelo,
 siempre de Dios asistida.
 Robóme su amor el alma,
 quedando yerto, sin vida,
 desde el punto en que la ví
 era una hoguera encendida
 mi pecho un volcan ardiente,
 y aunque me hallaba á la vista
 de Teodora, nunca puede
 hablarla sino por cifras;
 y ella honesta y sonrosada,
 se hacia desentendida
 bien por temor de su hermano,
 ó por rigor de dos tias,
 que eran las que la criaron,
 y á su cargo la tenian.
 Quise pedirla á su hermano,
 y me dieron la noticia
 de que estaba para monja
 dedicada y dirigida.
 Con penar tan tristes nuevas
 adquirí, pues, que mis dichas
 se desplomaron al suelo,
 quedando desde aquel dia
 descuadernado de insultos,
 desvelado de fatigas,
 agobiado de congojas,
 en fin, sin norte, y sin gia,
 hasta que tuve ocasion
 por una criada antigua
 de la casa de Teodora,
 que humilde y compadecida,
 de mí, se determinó
 por un postigo que habia,
 el darme entrada una noche,
 de algun interés movida.
 Hizome francas las puertas,
 y con huellas no sentidas
 armé de valor el miedo,
 subí la escalera arriba,
 llegué al cuarto de Teodora,
 y á la luz de una bujía

SEGUNDA PARTE

que se refiere cómo iba Lisardo á sacar del convento á doña Teodora, y viendo hacer sus propias exequias, se retiró á hacer penitencia.

Supuesto que la licencia me tienes ya concedida Carlos, escucha hasta el fin lo que una pasión motiva. Después que hubo Teodora logrado tan santa vida, y estando de religiosa ya en la clausura metida, yo refrené mis pasiones, modesto anduvo unos días disimulando mi pena. La hacia algunas visitas ya en público, ya en secreto; pero con tal modo iba, que jamás causé recelo de las sospechas antiguas. Cansado ya de aguardar, mi pasión me precipita, interponiendo papeles que á Teodora escribía. Cuatro meses se pasaron reiterando esta porfía, hasta que tocó el demonio el clarín de la lascivia, que con espanto y denuedo dejó á Teodora vencida, toda embebida en deseos, toda en celos sumergida, y otras muchas apariencias que el demonio la ponía, y sin poder reportarse me llamó y me dijo un día: Lisardo mío, ya há tiempo que me tienen ya sin vida un ejército de celos, un tropel de ansias prolijas, un lago de pensamientos,

que aunque quiera no soy mío. Tan tuya me constituyo que si tú te determinas á sacarme del convento, sin que el temor me desista, sin que el pundonor lo estorbe, me arrojaré compelida á los lazos de tu amor, hallando en ellos cabida trataremos nuestras bodas, ofreciéndote la vida y mi mano juntamente, que es el triunfo de mis dichas. La respondí: dulce dueño, amada prenda querida; no quiero morir creyendo con el donaire y la risa que me quieres engañar. Teodora me respondía, no es engaño, no por cierto; sino que tu cobardía busca ya desaguadero para olvidarme... Y aplica un lienzo blanco á sus ojos, que bañados los tenía en lágrimas, y entendiendo de que no era fantasía ni sueño lo que escuchaba, la dije: Teodora mío, desde luego me consiento en hacer lo que me pidas sin que riesgos me acobarden, aunque perdiera mil vidas. En fin, trazamos el modo de que una noche yo había de ir á escalar el convento y ordenar nuestra partida.

Llegó la aplazada noche,
que no tardó su venida;
me armé lo mejor que pude,
y sin llevar compañía,
tocando el reloj las doce
sin advertir las ruinas
y desdichas que me aguardan,
al monasterio partia
lo mas contento del mundo.
¡Ay amor á lo que obligas!
Llegué á las últimas calles,
donde asombrado me habia
la primera vez, y apenas
llegué, como que sentia
un silencioso ruido,
de gente que ya venia
siguiéndome las pisadas;
pero andando á toda prisa
alargué el paso y quedéme
oculto tras una esquina.
Y al emparejar conmigo
uno en alta voz decia:
si ese es Lisardo, matadle;
muera, muera, repetian;
moviendo un tropel de espadas;
oigo una voz compasiva
quedice: ¡ay que me han muerto!
y luego al punto partian
huyendo los agresores;
en silencio ensordecida
quedó la calle, y pensé
que el alma se me queria
del susto salir del cuerpo,
y de miedo que tenia,
pues propiamente yo era
aquel á quien muerto habian
á cuchilladas: no obstante,
con la oscuridad que habia,
eché á andar y á pocos pasos
ví un muerto, cuyas heridas
estaban vertiendo sangre.
Aquí ser verdad creia
lo que juzgaba era sueño,
que en el sitio aquel habian

de matar á cierto hombre,
y mas cuando precedia
verme en tanta desventura,
con la lengua enmudecida,
con los pies casi trabados,
quise huir y no podia;
cuando miro de repente
que un grande tumulto iba
acercándose hácia mí.
Dije, si esta es la justicia
y me hallan con un muerto
en mis manos, ¿quién les quita
que entiendan yo soy el reo?
por mas que yo me desista
me ordenan muerte afrentosa
sin tenerla merecida.
Temeroso, pues, de dar
en semejante ruina,
escapé, Dios sabe cómo,
y yendo á dar la noticia
á Teodora de este asombro,
de este aviso que me habia
hecho tragar tantas muertes
sin tener mas que una vida.
cuando repentinamente
las campanas se tañian
con tan lúgubres clamores,
que en altas voces publican
la muerte del desdichado
á quien quitaron la vida.
Y mas novedad me hacia
oir tan general doble
á tal hora, pues indica
ser el muerto un gran sujeto
de familia esclarecida.
Llegaba casi á dar vista
al monasterio, y escucho
que por la calle vecina
se oyen funerales voces
de un entierro que venia.
Escondime en un portal,
y ví pasar en dos filas
un grande acompañamiento
de eclesiásticos que iban

la ví que estaba inclinada
á un libro donde leía,
tan embebida en extremo,
que hasta que la sombra mía
la hizo que recordase,
no sintió quién lo impedía.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, estremecida,
fué á hablarme, mas no pudo.
Yo entonces, señora,
la dije, no os asusteis,
que vuestro honor no peligra,
pues nunca está mas guardado
que ahora que lo cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi descargo diga,
cuando miro los temores
cercaño de mi osadía;
contemplo también los riesgos
que os ofuscan y fatigan,
y así disculpe mi arrojo
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado
que tanto hácia vos se inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os habéis hecho, sin dar
señas de correspondida.
Y si al entrar religiosa
vuestro deseo os dedica,
no quiero servir de estorbo,
que al estado en que sigáis,
seré gustoso en serviros
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos.
En tanto quela decia
todas estas espresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y espanto,
al aire un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus lábios me decia:

¡Ah Lisardo, quién pudiera
á tu amor darle cabida,
sin romper obligaciones
del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira también la palabra
que á Dios le tengo ofrecida,
y pues si eres entendido,
no inquietes la pasión mía.
¡Para qué hemos de engolfarnos
donde esperanzas no hay vivas,
sino de muertos deseos!
Y mañana en aquel día
sabes que voy á un convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura
que te pague con caricias;
yo me alegraré que halles
quien á tu afecto se rinda,
quien te llene de favores
y tus estandartes siga,
que de mí no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecía,
la deje sola, y me salga
de la casa, pues sentía
nos sorprendiese su hermano.
Viendo que razón tenía,
la obedecí luego al punto:
confuso me despedía;
bajo al jardín, siento ruido
de armas, y que decía
una voz: ¡abrid! ¡matadle!
Tendí la vista, y veía
en la puerta un embozado,
y al ver que no parecía
la criada, presumí
alguna traición urdida.
Entre confuso y turbado,
con mi espada prevenida,
salgo á la calle al momento,
y mi contrario decia:

no es punto seguro este
para reñir, y partía.
Tiró delante y seguile;
dispuesto me apercibia
resuelto á lo que saliere,
y acelerados con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia
fuera ya de la ciudad
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de dia.
Allí se volvió y me dijo
con voz profunda y sentida:
aquí han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces
y no vivas tan aprisa.
Esto dijo, y al instante
como sombra oscurecida,
desapareció. Ya puedes
ver cómo yo quedaria;
dejándome tan helado,
que allí acabara la vida,
y juzgo me hallaran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
¡Oh providencia infinita!
¡cuál es la misericordia
de tus acciones benignas!
pues sin fallarme los brios,
mi cuerpo en tierra caia,
desaliñado el semblante,
oscurecida la vista
y angustiado el corazon,
que en los temores la prisa

siempre ha sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo á la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de angustias,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas,
toqué y al punto me abria,
mi criado, y conociendo
cuán sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le di noticia
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
con desvelos, y á otro dia
Teodora entró en el convento
con la ostentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto;
pero tu atencion me obliga;
perdóname, amigo Carlos,
mi dilatada osadía,
que aquí cesa aquesta historia
mientras que se fortifica
y corrobora el discurso
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas más crecidas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

puestos de sobrepellices,
con sus hachas encendidas,
con su cruz y manga negra,
y á ninguno conocia.
Vió á la postre que llevaban
entre cuatro (¡qué fatiga!)
en un pavés á un difunto
que una bayeta cubria.
Acabaron de pasar,
y como me perseguian
á un tiempo tantos asombros,
ya de puro miedo hacia
valor algo recobrado,
y ya que llegando iban
al monasterio, reparo
que en la iglesia se veian
entrambas puertas abiertas
con mil luces encendidas
y todos se entraron dentro.
Aquí ya despavorida
la mente, consideraba
que si atrás yo me volvía,
aun mas peligros me estaban
amenazando la vida.
En fin, mas muerto que vivo,
con la sangre helada y fria
llegué tambien á la iglesia,
donde tragando salivas
estuve á la puerta un rato
si entraria ó no entraria,
observando desde allí
á toda la clerecía,
que dividida en dos coros
las exequias disponia.
Después que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian,
cercado de muchas luces
les oí cantar vigilia,
y dije: en cantos tan santos
no puede haber fantasía
de apariencias y visiones
con que á entrar me resolvía.
Lo mas secreto que pude
entré, y con agua bendita

signándome muchas veces.
ni un Pater-noster podia
rezar, á causa que tantos
en mí pusieron la vista,
atisbándome sus ojos
por donde quiera que iba.
Ya que nadie me miraba,
con recato y cortesía
le pregunté al mas cercano
de los cantores que habia,
que quién era aquel difunto.
Un suspiro dió y decia:
es Lisardo el estudiante,
de quien podeis dar noticia
vos, como que sois el mismo.
Aquí sí me acometian
los verdaderos temores,
aquí fueron las fatigas,
aquí fué el tentarme el pecho
por si herido lo sentia,
como suele acontecer,
y á preguntar volvía
á otro á ver si concordaba.
Lo mismo me respondia;
á lo cual les repliqué,
mirasen lo que decian,
á los dos que se engañaban,
que yo de cierto sabia
que no era Lisardo muerto.
Aun acabado no habia
de decir estas razones,
cuando aquel que presidia,
puesto en pié dió una palmada
y por todos respondia,
diciéndome: caballero,
cuantos están á tu vista,
son ánimas del purgatorio,
que ayudadas y asistidas
de la oracion y limosna
de Lisardo, agradecidas
hemos venido á enterrarle,
y á corresponder benignas,
pidiendo á Dios por su alma,
que de presente se mira

en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis,
los oficios no prosigan,
que así vos lo perdereis.
Apenas esto decia,
cuando matando las luces,
todos desaparecian.
Caí desmayado en tierra,
y aunque casi muerto, oia
las divinas amenazas;
cuando en mi acuerdo volvía
levanté al cielo los ojos
ante Dios por mi osadía,
diciendo: Señor, conozco
el mal ejemplo y doctrina
que hé dado en tu santa casa;
mas por tu bondad benigna
propongo de aquí adelante
enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
mi vil pasion me encamina;
mas vuestra misericordia
de instante á instante me avisa,
á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfia:
ea, Dios mio, amparadme.
Y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
de la iglesia me salia.
Cuando ya me ví en la calle,
como que no lo creia,
triste y muy pesaroso
fui á mi casa y repartia
dineros, joyas, y alhajas;
la ropa de mas estiua
la regalé á mi criado,
y abrazándole decia:

ea, leal compañero,
Lisardo perdió la vida;
yo propio le vi matar
que te daré señas fijas;
yo le acompañé en su entierro;
yo asistí mientras se hacian
sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremos más,
que voy á hacer nueva vida;
para salvarme me aparto,
porque ya Dios me destina
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
dando á Teodora noticia,
dirás lo que me ha pasado,
que reflexione su vida,
y que me encomiende á Dios,
que todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos.
Con lágrimas repetidas
estas razones le dije
por última despedida,
quedando el triste criado
tan asustado, que hacia
estremos de sentimiento
cuando vió que me partia.
Hasta aquí llega mi historia,
todo es la verdad fija:
adios, Cárlos, y si acaso
mi relacion te lastima
pide á Dios que nos defienda
de tentaciones nocivas,
y de los lazos del mundo,
porque al partir de esta vida
subamos todos triunfantes
á la patria esclarecida.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.